

DESCARTAR EN LA BIBLIOTECA.

Manual práctico de revisión de las colecciones

Segunda edición revisada y aumentada, por Françoise Gaudet y Claudine Lieber, con la colaboración de Jean-Marie Arnoult, Henri Comte, Hubert Dupuy, Viviane Ezratty, y Françoise Lévêque.

Prefacio de Michel Melot.

Collection bibliothèques. Editions du Cercle de la Librairie.

©1999, Electre-Éditions du Cercle de la Librairie

35, rue Grégoire-de-Tours --75006 Paris

ISSN 2-7654-0753-3 / ISSN 0184-0886

1. INTRODUCCION AL DESCARTE, por Françoise Gaudet y Claudine Lieber

El descarte es una práctica antigua. Como material perecedero, el libro de papel puede ser destruido de mil maneras: recortado, mutilado, desgarrado, mojado, quemado. Al mismo tiempo que está sujeto a la alteración física, el libro envejece también en su esencia misma, en su contenido. Demasiado difundido, demasiado banal para conservarlo en calidad de reliquia, se le condena a la trituración. Condena obligada, pero discreta, puesto que durante mucho tiempo la necesaria actividad de eliminación ha permanecido inconfesable e inconfesada, vergonzosa, como ligada a la desacralización de un objeto de culto.

Sin embargo, muy pronto los aficionados a las paradojas denunciaron la inutilidad y el peligro de acumular un material tan necesario a la difusión de las ideas y a la formación del espíritu. Se pueden citar los nombres de Louis-Sébastien Mercier, Cabanis, Talleyrand,¹ o los de los filósofos de la Ilustración, para quienes esos montones de libros terminarían por embrollar y perturbar a los que los leían. Tras estos discursos afloran la tentación de proteger a los espíritus inocentes de un alimento nefasto, el deseo de desembarazar las bibliotecas y las conciencias de un estorbo y de una molestia que únicamente los espíritus superiores pueden apreciar, la voluntad de eliminar "los libros (...) considerados frívolos o inútiles o peligrosos".² Se puede reconocer aquí la corriente de opinión, siempre viva, que tiende a prescribir una opción de lectura a los conciudadanos que se supone poco avisados.

En un país de fuerte tradición patrimonial, estos juicios favorables al descarte de libros guardan un tufo iconoclasta. Según Paul Otlet, "el respeto al libro y al documento se justifica por razones de moral humana, social. También por razones de moral divina: el deber de honrar en todas las circunstancias al creador en sus criaturas, lo cual se extiende a las obras de estas últimas. Para un chino es un pecado destruir un papel escrito. Matar un libro, dijo Milton, es cometer un atentado más grave que la muerte de un hombre. Los libros son personas morales e intelectuales. No se tiene el derecho de destruirlos en una sociedad civilizada, de la misma manera que no se permite la pena de muerte sobre personas físicas".³ Diríamos que se trata de una visión moralista, antropomórfica y que corresponde a una época. El juicio asombra menos si se coloca en una época en que muchos fondos patrimoniales sufrieron múltiples depredaciones y robos, en la que se recortaban las capitulares decorativas de los manuscritos para premiar a los niños inteligentes.

Más recientemente,⁴ un historiador del libro y de las ideas como Roger Chartier se sobresaltó ante el enorme riesgo que representaría el descarte de documentos, y el privilegio extravagante que detentan los responsables de una selección tan cruel: "¿qué autoridad podría arrogarse un tal poder de discernimiento?" ¿En nombre de qué legitimidad, según qué arte adivinatorio se podría ser capaz de escoger, puesto que ahora no podríamos imaginar lo que vamos a necesitar más tarde? ¿Cómo encontrar un límite ante la marea de papel que avanza y amenaza con sumergirnos? Este es un problema material, financiero... y psicológico extremo, como afirma el filósofo Georges Steiner.⁵

El amor a los libros manifestado por los grandes bibliófilos no ha impedido sin embargo la lucidez con respecto a su contenido y a la necesidad de renovarlos. Los mismos que pregonaban el respeto y la conservación del libro reconocieron pronto el descarte como una operación indispensable. Paul Otlet afirma: "Los libros y los documentos tienen en gran parte un carácter perecedero. Contienen datos, hechos, cifras, opiniones que el transcurso del tiempo modifica [...]¿Eliminar? La generación actual no sabría elegir. La otra no se atreverá. Pero qué hacer ante la acumulación de libros..."

Mucho antes que Otlet, Eugène Morel señaló los inconvenientes de esta acumulación: "El Museo Británico presenta una incuestionable superioridad en libros [con respecto a la Biblioteca Nacional]: compra más y tiene menos [...] Tiene menos, pero las comunicaciones van mucho más rápido, porque se encuentra más rápido un objeto en una habitación que en diez. No he visto que se haya señalado la importancia de una constatación tan simple. Puesto que el mayor número de libros no solo aumenta el recorrido que hay que hacer para encontrarlos, y los anaqueles para colocarlos, los edificios y su mantenimiento, la limpieza y todo lo que sigue, sino también hace más difícil la clasificación, la manipulación, y hace más largo y más costoso el Catálogo. Pues bien, una gran parte de esos libros que la Nacional conserva piadosamente, pura y simplemente no son más que un estorbo."⁶

1. El descarte: un motivo que se impone

Esos bibliotecarios clarividentes son una vanguardia, los grandes árboles que ocultan el bosque. Durante mucho tiempo las reticencias han continuado siendo fuertes, en particular en Francia, donde todo lo que se relaciona con el patrimonio, pesada herencia de la Revolución Francesa, es un campo muy sensible.

El tema sale a flote oficialmente cuando Noë Richter lleva a cabo una investigación acerca de la eliminación de libros en 1975 a pedido de la dirección de Bibliotecas y de la Lectura Pública y cuando, tres meses después, la ABF (Asociación de bibliotecarios franceses) titula su congreso *¿Conservar, eliminar? Elementos para una gestión racional de los fondos*. "Pero es un título malo. La palabra eliminar siempre estremece a los conservadores, tiene mala reputación dentro del público y de lo que se trata no es de eliminación [...] Se trata por el contrario de conservación [...] Se trata de asegurar el acceso universal y permanente (¡hasta eterno!) a los documentos..."⁷

¿A falta de lugar y de medios, hay que resolverse sin embargo a eliminar, y con método. Los bibliotecarios franceses están cada vez más conscientes de ello: La encuesta de Noë Richter con motivo del congreso entre bibliotecarios de diferentes tipos nos lo muestra hasta la evidencia. A partir de la pregunta acerca de la fecha del comienzo de la eliminación se puede observar en la curva de respuestas una aceleración espectacular del fenómeno durante el transcurso de los diez años precedentes.

Probablemente esta evolución no es más que un reflejo de la profunda mutación que por entonces experimentan las bibliotecas: desarrollo espectacular de la lectura pública, generalización del libre acceso, explosión de la demanda...

Extensión y espacios

Dicho período, notable para las bibliotecas, se traduce primeramente en un desarrollo sin precedentes. El espectacular crecimiento de los fondos, de los locales y los servicios que se llevó a cabo durante esos años y las décadas siguientes vino a cumplir, por lo demás, una condición de primera necesidad. Administrar la miseria no permite realmente llevar a cabo una política, y eso hicieron durante mucho tiempo las bibliotecas universitarias. Poder realizar una reflexión supone que se ha alcanzado un estado suficiente de crecimiento: ¿qué sentido puede tener palparle la panza a una vaca flaca?

Esta irresistible ascensión se alimentó de favorables circunstancias: la descentralización (dentro del marco de las leyes de 1986) acompañada por un esfuerzo presupuestario del Estado en favor de las

bibliotecas territoriales y de las bibliotecas universitarias, la construcción de nuevos edificios entre 1960 y 1975 y la consideración del informe Miquel después de 1988.

Como biblioteca símbolo de estos años de fasto, la BPI (Biblioteca Pública de Información) abrió sus puertas en 1977. Voluntariamente concebida sin almacenes, ofrece un libre acceso a la integralidad de sus fondos. Su vocación de actualidad, junto con la ausencia de toda posibilidad de extensión, la obligan a una constante renovación de sus colecciones, es decir, que asume el descarte como doctrina oficial, como una parte normal de la actividad de gestión de un fondo. Esta política atípica, que intenta aclimatar una versión biblioteconómica del "crecimiento cero", encontrará en lo adelante un eco en instituciones listas para escucharla.

Numerosas comunas ofrecen actualmente los servicios de una biblioteca y el programa de construcción de las bibliotecas departamentales de préstamo termina con el edificio de Mayotte. Pero no existe obligatoriamente una concordancia entre crecimiento de las colecciones,⁸ afluencia de público y aumento de los metros cuadrados. Muchos edificios siguen con dificultad el crecimiento exponencial de la demanda a falta de posibilidades de extensión, muchas otras construcciones nuevas se han saturado rápidamente.

Encontramos la misma ausencia de sinergia en el funcionamiento de las bibliotecas universitarias. En los años sesenta, luego de la creación de nuevas universidades provistas de edificios confortables, pero casi vacíos por falta de un presupuesto para la adquisición, actualmente y después de un corto período más favorable, se encuentran a menudo enfrentados con las reducidas capacidades de los locales. Las colecciones,⁹ insuficientes con respecto a las normas internacionales, desbordan sin embargo los salones de consulta y los almacenes. La coincidencia exacta de los edificios, los presupuestos de adquisición y de las colecciones, del continente y el contenido, se parece mucho al paso de los cometas o a la emisión del rayo verde: es rarísima y esencialmente inestable.

Información y administración

No basta con acumular las colecciones, es necesario organizarlas y administrarlas. Los bibliotecarios han trabajado paralelamente en la informatización de sus fondos y en hacer evolucionar los modos de acceso.

La informatización por etapas de las instituciones abrió un nuevo campo de reflexión y organización durante mucho tiempo. Teniendo en cuenta los costos considerables que de este modo se generan, ¿no se deben acaso deshechar los documentos cuyo interés y utilidad se pueden poner en duda? Desde un punto de vista estrictamente administrativo, la operación obliga forzosamente a examinar con ojo crítico los objetos que se deben informatizar, lo cual se podría llamar, en términos de mercado, la relación calidad/precio.

Al mismo tiempo, progresivamente, la informática pone en las manos de los bibliotecarios nuevos instrumentos para la administración de las colecciones. Se comienza a obtener de dichos instrumentos, con una buena fiabilidad, los elementos numéricos que permiten establecer estadísticas y proporciones matemáticas. Utilizar verdaderamente los métodos empresariales no está fuera de nuestro alcance, como sucedía con los penosos conteos manuales.

El espíritu empresarial, venido del otro lado del Atlántico, ya había comenzado a soplar sobre las bibliotecas francesas en los años de la década de los ochenta. El advenimiento de una gestión más racional de las bibliotecas, más cercano al de una empresa (o al de una librería), influyó entonces sobre la mirada de los profesionales con respecto a la colección que tenían a su cargo. Se habla entonces con gusto en términos de *stock*, se calcula rigurosamente los costos: el precio de coste de la noticia informática o del metro cuadrado de almacenaje. Hay muchas interrogaciones sobre el manejo y la utilidad de la evaluación, de los indicadores de actividad, de los paneles de control.¹⁰ En fin, hay un apasionado interés por el público, por el lector en tanto que usuario de la biblioteca, y un esfuerzo por proponerle, de entrada y sin intermediario, la oferta más adecuada y más atractiva.

El libre acceso y sus consecuencias

El libre acceso a los documentos ha impuesto su modo de organización de los espacios públicos rápidamente y en todas partes¹¹ en función del mayor beneficio del usuario. Hasta tal punto que ninguna biblioteca se atrevería a imaginar ahora un retroceso. Este privilegio otorgado a una clasificación organizada de la información por encima de lo que simplemente era el más económico alineamiento por formato y orden de entrada no deja de tener curiosos efectos.

Materialmente hay que confesar que uno se encuentra frente a un suntuoso gasto de espacio. Para ser eficaz y seductora, la clasificación temática descansa evidentemente en reagrupamientos de documentos complementarios, de tamaño desigual y de formatos heterogéneos, dotados de una presentación ventilada y clara, de una puntuación entre los temas. Supone una respiración de la colección, y que se pueda retomar el aliento al recorrer los anaqueles.

De hecho, el libre acceso se manifiesta como un terrible devorador de espacio. La multiplicación de los documentos y de los soportes de la información disponibles no hace más que agravar su apetito. Mientras que la parte justa que corresponde al usuario ha sido preservada, la superficie de almacenamiento en los depósitos se encuentra mezquinamente medida, o suprimida del todo. De modo general, la biblioteca carece de lugar y los edificios alcanzan con rapidez sus límites físicos.

Esta nueva disposición cambió por completo el aspecto y la presencia de las bibliotecas. Sus superficies encristaladas, sus anaqueles muy abiertos, sus filas de espera frente a los mostradores, las convierten ahora en parientes de esa nueva raza de comercios cuyo modelo se ha difundido hasta por el más pequeño pueblo.

Como era de esperar, el contacto directo y simple con documentos ofrecidos en gran cantidad ha desarrollado rápidamente en el lector reflejos de consumidor y ha modificado sus mentalidades y sus prácticas. Ante todo, se manifiesta sensible a la elección, al interés, a la actualidad de lo que se le propone, pero también juzga el documento de acuerdo con su aspecto y siguiendo los efectos de la moda. El aspecto exterior, la presentación, el diseño de un libro pueden atraerlo o espantarlo. Exigente pero pragmático --ya que a menudo se decepciona porque no encuentra lo que ha venido a buscar--, practica de buena voluntad la sustitución de un documento por otro, y hasta incluso de un soporte por otro, cuando encuentra lo que le importa.

Salta con facilidad de un tema a otro, en tanto que las aproximaciones y nexos entre nociones cercanas le parecen parte natural del proceso, sin necesidad de pasar obligadamente a través del laberinto de referencias científicamente elaboradas por los catálogos. Al mismo tiempo, las ausencias dentro de un campo de conocimiento se hacen más fáciles de detectar, sin que la aglomeración de otros sectores suministre una compensación.

El amontonamiento de documentos ocasiona perplejidad, embarazo e irritación a lector que investiga el fondo. Este lector no se satisface con una sedimentación de los fondos, con un conglomerado. Aprecia, por el contrario, una colección equilibrada, compuesta por elementos coherentes que le permitan descubrir la variedad de obras de un autor, o los estudios que se le han consagrado, así como poder disponer de un abanico de temas en los que se interese, en diferentes niveles y aspectos.

Causa, consecuencia, o movimiento paralelo: al igual que el usuario, el bibliotecario ya no tiene la misma visión de la colección. Las prácticas de administración evolucionan, la reflexión madura y se conceptualiza.¹² ¿Cómo el bibliotecario realiza actualmente la "configuración"¹³ de la colección?

¿Colección o colecciones?

La colección de biblioteca raramente consigue una armonía perfecta, incluso cuando se ha preparado según un proyecto definido, sobre bases nuevas.

En el lenguaje corriente se habla de "colecciones", con un plural de majestad que de cierta manera expresa su importancia, pero en el que subyace también la idea de que se trata de una serie de piezas o pedazos. De hecho, la biblioteca suele contener una constelación de fondos diversos --patrimoniales, locales, especializados, colecciones corrientes de secciones o de anexos-- que le dan una imagen fragmentada, el aspecto de un puzlé.

Y por si fuera poco, el nexo que une esos fondos es difícil de percibir. Con frecuencia, cada uno de ellos posee una homogeneidad que le es propia, que lo identifica y lo individualiza como una entidad aparte, tanto a los ojos del lector como a los del profesional. Un particularismo reforzado por las lógicas de uso y de administración que rigen los diferentes sectores: fondos destinados a un público definido (el de una biblioteca de barrio, por ejemplo); a ciertas edades (sección juvenil, por ejemplo), a un nivel de estudios (primer ciclo); fondos muertos o en constante crecimiento, almacenados o directamente accesibles. ¿Qué hay en común en el interior de un institución entre un fondo patrimonial, conservado en una reserva preciosa con acceso restringido, y la colección de fonogramas, o la videoteca de préstamo, unas y otras administradas por profesionales que no han concertado sus prácticas obligatoriamente? En otras palabras, ¿sobre qué se fundaría entonces la noción de colección entendida como una entidad coherente? ¹⁴

La noción es muy actual, como anota Valérie Tesnières. ¹⁵ Lejos de considerar la colección como una simple yuxtaposición, una "reunión de objetos", ¹⁶ los profesionales franceses parecen orientarse hoy hacia una concepción ambiciosa, orientada hacia la búsqueda de la mayor coherencia, avatar posible de una Idea de la colección fundada desde hace mucho tiempo en la exhaustividad. Se inspira sobre todo en la búsqueda de la biblioteca ideal, construcción que nunca se ha logrado del todo. En ese sentido se encaminan los esfuerzos por eliminar las divisiones entre los diferentes sitios --en las bibliotecas municipales y sus anexos, o a nivel departamental--, los esfuerzos para integrar los diferentes soportes de un mismo sector documental, y convertirlos en complementarios, todos los intentos dirigidos a pensar y a afirmar una política documental propia de cada institución plasmada en cartas rectoras de colecciones. ¹⁷

Desde este punto de vista, la calidad de una colección, su interés para el usuario no solo se remiten a la acumulación de las riquezas que contiene, a una simple adición de fuentes documentales, sino sobre todo a la relación que los profesionales organizan entre sus diferentes componentes. Al suscribir una política documental voluntarista, el bibliotecario le otorga al conjunto de los fondos un carácter común, ¹⁸ el vehículo de su unidad. La pertinencia de cada elemento no es una condición suficiente; de lo que se trata es de la cohesión de todo el conjunto, del equilibrio de los constituyentes. Juego perpetuo de ajustes que confieren a la colección un carácter de obra en devenir, de "work in progress".

Perpetuamente en busca de equilibrio, la colección se convierte de este modo en una obra en construcción. Este estado inacabado voluntario la sitúa al mismo tiempo en una coordenada duradera y en una efímera. La colección se desarrolla entonces según las selecciones aprobadas por la política documental, procediendo por añadidos y reducciones, "que valen tanto por lo que se privilegia como por lo que se rechaza". ¹⁹ Evoluciona y se renueva siguiendo un ciclo que nos recuerda curiosamente el desarrollo natural de la vida y de la muerte. Por lo demás, se ha podido comparar la colección con un todo orgánico, con un cuerpo viviente, tributario del tiempo, del desgaste y de su medio ambiente. Sin confundirse con la biblioteca, representa su riqueza, su personalidad.

2. Integrar el descarte con la política documental

Organizar una colección es una operación minuciosa, lenta y regular, objeto de adquisiciones llevadas a cabo durante años. Con la misma constancia la colección se deshace periódicamente de los documentos que le resultan inútiles y que la engrosan sin un provecho real de sus fondos. En el lenguaje biblioteconómico, cuando se menciona el "desarrollo de las colecciones", no se hace alusión a un proceso de crecimiento perpetuo, sino a un proceso de ajustes sucesivos y necesarios, para más o para menos: si el bibliotecario añade a la colección, también está obligado a podar, a reducir.

La figura geométrica que simboliza el desenvolvimiento ideal del desarrollo de las colecciones es un círculo: adquisición, disponibilidad, evaluación, descarte, lo que influye a su vez en las adquisiciones,

etc. Luego sigue el comienzo de un nuevo ciclo. En la práctica, las fases sucesivas, y, no obstante, maravillosamente lógicas, manifiestan una molesta inclinación al desorden: compiten unas con otras en el tiempo, se superponen unas a otras, sus límites son borrosos.

A menudo se reemplazan los documentos deteriorados a medida que se les retira: se descartan antiguas ediciones solo cuando las nuevas están listas para tomar el relevo en los estantes. La evaluación de las colecciones interviene varias veces en diferentes fases, antes y después de la adquisición, antes y después del descarte: la evaluación de los documentos "dudosos" se efectúa con frecuencia luego de su retirada del libre acceso, a reserva de que se vuelva a poner en los estantes lo que finalmente no se elimina.

Es necesaria otra observación para intentar aclarar la complejidad de las relaciones entre las distintas fases. Hay dos parejas que son inseparables: adquisición y descarte, descarte y conservación, con relaciones fuertes entre sí, como en un espejo invertido.

De esta manera nunca se perderá de vista que el descarte es una adquisición a la inversa, sometido a las mismas reglas, que plantea los mismos problemas y se encuentra con los mismos obstáculos. La política de conservación es la vertiente natural y positiva del descarte; ella es la que define la política de descarte. También es cierto que los límites entre la evaluación y el descarte son bastante fluidos. Para algunos expertos como Stanley Slotte,²⁰ la evaluación forma parte del descarte, mientras que, para otros, es una operación distinta, que interviene antes del descarte propiamente dicho, y que entonces se reduce a una simple toma de decisión, seguida por una operación material.²¹

Adquisición y descarte, una pareja indisociable

La distinción clásica entre prescripción y distribución, que siempre alimenta polémicas pasionales y apasionadas, regula, como es evidente, tanto las decisiones de adquisición como la elección del descarte. Pero hay que anotar un importante matiz: la adquisición muchas veces se parece a un acto de fe,²² un salto hacia lo desconocido, que reposa sobre una anticipación bastante intuitiva del uso. El descarte puede, sin embargo, apoyarse sobre elementos más objetivos, tales como las estadísticas de préstamo o de consulta. Pero la lógica es la misma: en los dos casos se otorga un peso que uno elige tanto al uso comprobado como a la anticipación de las necesidades. Es una variable que depende de los objetivos de la biblioteca, y que debe pesar de modo idéntico en las dos actividades.

De acuerdo con los hechos, lo que entra en juego, por mucho, es el modo como el bibliotecario conciba sus tareas de servicio al público.²³ Allí donde está convencido de que sigue las demandas de sus lectores: compro --y pongo en los anaqueles-- lo que el público pide, preparo "mis cálculos" y apoyo mi oferta sobre la base de lo que reclama la mayoría de mis usuarios. O adquiere también --y no descarta-- documentos que él considera útiles e interesantes --incluso aunque no necesariamente sean pedidos a menudo, y permanezcan mucho tiempo en los anaqueles entre dos préstamos.

La censura es uno de los aspectos interesantes de esta querrela. Negarse a realizar determinadas adquisiciones es el modo de practicarla más fácilmente y de manera más natural.²⁴ Retirar un libro de las manos del público implica un acto voluntarista, una acción que uno vacila en realizar aunque parezca perfectamente justificada; en general, uno se contenta con relegar el documento inculpatado, con ponerlo en un "rincón" o en un sitio de reserva. De modo que el descarte es entonces el recurso que rectifica un error de adquisición, suministrando un correctivo a veces indispensable en el caso del libre acceso, como por ejemplo cuando se trata de obras en las que puede comprometerse la responsabilidad moral del bibliotecario. Un libro que trata de los diferentes modos de suicidio podrá ser accesible al público, pero por medio del filtro del catálogo, de modo que el acto de relegarlo constituye así una barrera para el acceso fácil y directo de un texto potencialmente peligroso. En la misma línea, este recurso se utiliza en el caso de títulos que la biblioteca considera que son útiles y de posesión obligatoria, pero que no desea por lo mismo colocarlos al contacto directo del público. En ese mismo registro se pondrán ciertas publicaciones religiosas o políticas que de ese modo hallan un lugar en el almacén.

Es inevitable que estas dos actividades compartan también una cierta dosis de subjetividad, más grande quizá en cuanto al descarte, en tanto dispone de muy pocos instrumentos para guiarse. Las adquisiciones pueden auxiliarse de excelentes publicaciones que reseñan las cualidades y los contenidos de las nuevas publicaciones, mientras que no existen actas de defunción, ni menciones de obsolescencia para los documentos que han periclitado.²⁵ Sin embargo, el descarte tiene en su haber una carta esencial: la de poder juzgar con el libro en la mano.

Ningún método nos permitirá jamás seleccionar/no seleccionar a tiro hecho. Es un fenómeno donde intervienen, forzosamente, la competencia, la cultura, la experiencia profesional de los responsables. Y ello es más evidente en el caso del descarte, ya que exige un conocimiento profundo --histórico y prospectivo-- de los campos que se administran. Un error de eliminación siempre es mucho más grave que un error de adquisición; es también más difícil de evitar, a falta de puntos de referencia.

Conservación y descarte, una pareja complementaria

Puede resultar paradójico afirmar que el descarte permite conservar mejor. Sin embargo, los dos temas aparecen tan relacionados que la conservación se ha impuesto en el proyecto de esta obra como una preocupación importante.²⁶ Descartar nos obliga a considerar la colección desde el ángulo de la conservación ya que se separa todo lo que debe suprimirse por razones materiales.

El descarte plantea sobre todo el problema de la duración y de las condiciones de preservación de los documentos, en una perspectiva de gestión dinámica de la colección.²⁷ Joël Roman²⁸ subraya la necesidad en que está la biblioteca "de redefinir su corpus" en los diferentes campos del saber tanto como en el campo literario. Es evidente que el bibliotecario no puede contentarse con una visión miope que consistiera en eliminar masivamente todo lo que ya no tiene demanda y pierde actualidad. Está obligado a considerar la colección a largo y mediano plazo, a otorgarle una solidez y una consistencia que se apoye en la selección de documentos que se deben conservar en función del público y de sus demandas ulteriores, y en función también de la especialización de la biblioteca o de fondos que entraron anteriormente a la institución. Al actuar sobre los fondos corrientes, el bibliotecario es el responsable del patrimonio en gestación. Los criterios de selección para la eliminación y la conservación tendrán un peso fundamental en la balanza: esos criterios no solo no pueden improvisarse ni ser demasiado cambiantes, sino que deben fundarse en una anticipación del uso futuro, aún corriendo el riesgo paralizante que contiene esta perspectiva. El descarte nos debe permitir localizar aquello que la biblioteca tiene una real misión de conservar y concentrar sobre esos fondos sus esfuerzos y su presupuesto.

Una política documental unificada

La adquisición, el descarte y la conservación no pueden pensarse por separado. Esenciales para el desarrollo de la colección, ganan cuando se norman en conjunto. Es imperativo que adopten la misma tonalidad de base; no podríamos imaginar los instrumentos de una orquesta que interpreten sus partes de modos diferentes. Por las mismas razones de coherencia, es preferible que se integren en el documento teórico que traza la política propia de la institución.

Semejante documento aún no es frecuente en las bibliotecas francesas, aunque, incluso de manera implícita, la política documental impregne la actividad de las instituciones. Cada política es original ya que se fija el objetivo de coordinar los elementos propios de la biblioteca y de articularse con la situación local. Varios imperativos la enmarcan, le sirven de guía, le ponen límites, le otorgan una arquitectura.

La definición de las tareas asignadas a la biblioteca constituyen el preámbulo natural y puede ofrecernos límites útiles, incluso en el caso de una biblioteca especializada cuyo campo de acción es limitado *a priori*. Precisar la función de la biblioteca, discernir el público a cuyo servicio está destinada, definir sus objetivos, sus responsabilidades particulares, evita las derivas posibles, impide las adquisiciones improcedentes o la conservación a todo trance.

Estas diferentes facetas nos muestran que no existe una solución uniforme. Cada política debe encontrar sus propias referencias, y cada biblioteca debe definir su territorio. Pero la biblioteca ha dejado de vivir en un compartimento estanco y a pesar de las dificultades administrativas, técnicas, profesionales que frenan la posibilidad de poner en común los recursos, se va haciendo el hábito de que la institución emprenda una política de connivencia con los fondos complementarios cercanos geográficamente o por la tutela administrativa o la similitud intelectual. Las bases locales, las bases bibliográficas regionales, los sistemas de información integrados accesibles en toda la universidad reagrupan, en un plano geográfico preciso²⁹ --la ciudad y a veces su periferia, la región, el campus--, las riquezas diversas que poseen los participantes, y se ponen a disposición de todos sus usuarios. Gracias a la información de las colecciones, al acceso a distancia a los catálogos,³⁰ a la participación en los catálogos colectivos que localizan los documentos, los bibliotecarios conocen cada vez mejor los fondos exteriores y se hace más fácil relacionarse con los otros yacimientos documentales. La lógica de las redes, la organización de una complementariedad de las colecciones comienza a producirse: adquisiciones y conservación son tareas infinitas: ninguna biblioteca puede desentenderse de las otras, y cada una está interesada en definir sus fronteras en concertación con las vecinas.

Solo se puede establecer una colaboración fructífera sobre la base de este conocimiento mutuo de los campos de acción de las diversas instituciones: saber qué adquiere cada cual, qué conserva, qué elimina, es una condición indispensable para toda acción colectiva.

Implicaciones prácticas

En la práctica cotidiana de la biblioteca, una política documental unificada se traduce en la organización de un solo circuito del documento. Hay que establecer un recorrido, encontrar el orden que conviene a los servicios involucrados en el descarte con todas sus consecuencias, a pesar de la complicación aparente de las manipulaciones sucesivas. Debe conseguirse un circuito racionalmente organizado, que tenga en cuenta las diversas conexiones y ramificaciones. Este manual se propone facilitar esa gestión. La organización de una operación de descarte se describirá en el capítulo 3 por medio de la metodología. El capítulo 4 propone un método práctico. En el capítulo 5 se profundizará en el tratamiento de los diferentes soportes, que no se pueden considerar de manera idéntica, mientras que el capítulo 6 se consagrará al post-descarte: ¿qué hacer con lo que se retira de los anaqueles? La relegación es una respuesta corriente y se abordará en el capítulo 7. Las técnicas de conservación y de sustitución son otras tantas (capítulo 8).

Las dificultades materiales tienen por fuerza su lugar en el desarrollo de una política documental: presupuestos de adquisición más o menos confortable, personal, locales... imponen ciertas limitaciones a las colecciones. De cualquier modo, la abundancia de medios no autorizaría a nadie a prescindir de una administración racional y de un cálculo de costos, practicados ahora de manera habitual en las bibliotecas. La utilización óptima de los medios --presupuesto, personal, infraestructura-- pasan por una racionalización de la política de adquisición y de conservación. Como hemos visto, el proceso de evaluación interfiere casi siempre con las diferentes fases del desarrollo de las colecciones, de manera que es conveniente poseer los medios para una evaluación continua desde el comienzo: la implementación de estadísticas y de indicadores se tratará en el capítulo 6 desde el punto de vista práctico, y en el capítulo 10 para lo que concierne a la información estadística a las administraciones de tutela. Este último capítulo trata acerca de las prácticas de descarte en los diferentes tipos de institución, así como en el capítulo 11, enteramente dedicado a las bibliotecas juveniles.

Los aspectos jurídicos, que interesan a todo tipo de biblioteca, se describirán en el capítulo 7.

La ambición que anima a los responsables de este tipo de empresa y que ha culminado en este libro, es reducir al mínimo la parte de juicio demasiado personal, evitar el exceso de subjetividad, guiar la reflexión esquivando los riesgos de incoherencia, en suma, armonizar los diferentes aspectos de la política puesta en práctica por una misma institución.

3. Intento de definiciones

¿Cuáles son las nociones que cubren los términos de "descarte", "revisión de las colecciones", "eliminación"? Suelen emplearse indistintamente estas expresiones que ocultan, tras su apariencia de equivalentes, zonas fluidas y definiciones imprecisas.

En la literatura anglosajona y canadiense, que poseen cierta anterioridad³¹ en la materia se producen términos que marcan una preferencia por la metáfora vegetal, sin duda familiar en una población generalmente aficionada a la jardinería.

E. Matthews y D. Tykosen³² hablan de "weeding" (literalmente significa "quitar las malas hierbas"), o también "deselection, deacquisition, boork retirement, pruning (poda de un rosal o de un árbol)", con la definición siguiente: "Process of removing materials which are no longer useful from a library collection"³³ Estas metáforas se despliegan en el empleo de términos como "condemning, culling, harvesting, overhauling, reappraising, reducing, revising, sifting, stack thinning, winnowing," es decir "reformular, recoger, segar, examinar, reevaluar, reducir, tamizar, afinar, filtrar."³⁴

Stanley J. Slote³⁵ emplea indistintamente "withdrawal" (retirada) y "weeding", términos que en el índice de la base LISA³⁶ se dan a veces como equivalentes (weeding *see* withdrawal). La materia principal que recoge la biblioteca del Congreso es "discarding of books, periodicals, etc.", utilizada como "weeding", lo que da lugar a un "véase". La literatura canadiense también se aprovecha del vocabulario de la jardinería pero prefiere hablar más bien de "poda" de las colecciones que de deshierbe.

En esta obra reservaremos el término de "deshierbe",* término utilizado corrientemente y el de "revisión de las colecciones" para las operaciones de evaluación crítica que conducen a la retirada. El primer término, más imaginativo y menos moroso, presenta la ventaja de emplearse con facilidad; el otro insiste por lo demás en la segunda observación que se realiza de los documentos una vez incorporados a los fondos.

También se encuentra en la literatura el término de "désélection"[deselección] más o menos sinónimo de descarte, que insiste sobre el aspecto de selección al revés. Se aplica especialmente en los casos de cese voluntario del abono a una publicación periódica.

Un documento retirado no es obligatoriamente un documento eliminado: puede ser colocado en el almacén, reparado, transferido... La "relegación" consiste en almacenar el documento en una reserva o un almacén lejano. Por ello se podrá hablar de "relegación externa" cuando se trata --aunque el caso es raro en Francia--, de conservar fondos en un depósito exterior a la institución. Se utilizará este término preferiblemente al de "corrida", cuya acepción es más amplia y concierne a todo movimiento de la colección.

Nos proponemos conservar el sentido fuerte del término "eliminación", que se refiere a la retirada definitiva de las colecciones de la biblioteca, y generalmente termina con una destrucción física, que nombraremos "trituration" y que a veces es llamada "deshecho". No utilizaremos las palabras "depuración" y "purga" porque su olor a azufre nos parece demasiado dramático.

La "retirada" es un término genérico que cubre las operaciones que siguen al retiro, es decir, la restauración, la transferencia, la relegación o la eliminación.

En todo caso, el descarte designa una operación intelectual que, insertada en una cadena compleja de técnicas y de saberes, culmina en retiros puntuales o definitivos de las colecciones y sectores de uso de la biblioteca. Ya sea por razones materiales (uso, deterioro) o políticas (inadecuación a la colección) habrá sin duda que interrogarse sobre el valor de los documentos filtrados y sobre su aptitud para permanecer en la colección.

TRADUCCIÓN: Carmen Suárez León

* Nota del traductor: utilizaré el término DESCARTE para la traducción al español por ser el término de uso generalizado en esta lengua.

NOTAS AL PIE

¹ B. Richter. *Précis de bibliothéconomie. 5e. éd. rév. et mise à jour*, Saur, 1992.

² "Nous avos découvert qu'une bibliothèque nombreuse était le rendez-vous des plus grandes extravagances et des plus grandes chimères..." [Hemos descubierto que una gran biblioteca es el encuentro de las más grandes extravagancias y las más grandes quimeras.], L.S. Mercier, *L'An 2440*, 1770.

³ P. Otlet, *Traité de documentation: le livre sur le livre*, CLPCF, 1989 (rééd. de 1934).

⁴ *La Galaxie papier. Un film de Pierre Marc de Biasi et Jacques Mény*. 130 minutes. La 7/Arte, Sodaperaga, la BNF, 1999.

⁵ *Op. cit.*

⁶ *Eugène Morel (1869-1934) et la lecture publique: en prophète en son pays*, éd. par J-P. Seguin, Bibliothèque publique d'information, 1994.

⁷ M. Chauveinc, Introduction au Congrès, "Conserver, éliminer? Éléments pour une gestion rationnelle des fonds", *Bulletin d'Information de l'ABF*, no. 101, 1978.

⁸ En las bibliotecas municipales se conservan noventa y cinco millones quinientos mil impresos, más de veintiún millones en las bibliotecas departamentales de préstamo (fuente: DLL(Dirección del libro y la lectura), cifra de 1975).

⁹ En total, casi veinticuatro millones de volúmenes[ESGBU (Encuesta estadística general sobre la bibliotecas universitarias), 1997].

¹⁰ Ver, en el capítulo 2, la traducción de este interés en la literatura profesional.

¹¹ Cf. las Instrucciones del 20 de junio de 1962 y las Recomendaciones de 1988 para las bibliotecas univertarias.

¹² Cf. el número consagrado a una reflexión sobre las colecciones: "Collections de bibliothèques", *Bulletin des bibliothèques de France*, t. 40, no. 3, 1995.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.* Confróntese la distinción propuesta por varios profesionales (B. Calenge; B. Carbone) entre la noción de "fondos", entidades estáticas, con relación a la de "colección" concebida como un todo dinámico, "constituido por elementos yuxtapuestos que conservan su individualidad".

¹⁵ V. Tasnières, "La collection dans tous ses états", *Bulletin des bibliothèques de France*, t. 40, no. 3, 1995.

¹⁶ Según la definición del *Dictionnaire Robert*.

¹⁷ Cf. el número consagrado a las políticas de documentos, *Bulletin des bibliothèques de France*, t. 40, no. 2, 1999. Ver en particular el artículo de S. Truc, "Politique des collections: l'expérience de la bibliothèque municipale de Grenoble".

¹⁸ Lo cual nos conduce a una definición bastante cercana de colección como el resultado de " choix succesifs faits systématiquement [...] dans une intention particulière [...] constitué d'éléments yuxtaposés [...] groupés en raison de certains points communs." [selecciones sucesivas realizadas sistemáticamente [...] con una intención particular [...] constituida por elementos yuxtapuestos [...] agrupados en razón de ciertos puntos comunes]. En: *Bulletin des bibliothèques de France*, t. 40, no. 3, 1995.

¹⁹ J. Roman, "Des bibliothèques pour une culture vivante". *Bulletin des bibliothèques de France*, t. 44, no. 2, 1999.

²⁰ S.J.Slote, *Weeding Library Collections*. IV, 4th rev. ed., Librairies Unlimited, 1997.

²¹ "L'élagage se réduit à la prise de décision quant au retrait de certains volumes en vertu des informations colligées par l'évaluation". [La poda se reduce a la toma de decisión en cuanto al retiro de ciertos volúmenes en virtud de las informaciones colectadas por la evaluación]. En: P. Liboiron, "L'évaluation des collections: les fondements", *Argus*, no. 1, 1990.

²² M.B. Line. "Accéder ou acquérir?", *Bulletin des bibliothèques de France*, no. 1, 1996.

²³ Se trata del problema recurrente "need versus want", según la expresión anglófona.

²⁴ M. Kuntzmann, N. Kuntzmann, H. Bellour, *Censure et bibliothèques au XX siècle*, Editions du Cercle de la Librairie, 1989.

²⁵ Indicamos algunos ensayos sobre el tema, por simple curiosidad. Ver, por ejemplo, en el sitio Internet de la *American Library Association* ([http:// www.ala.org](http://www.ala.org)), una propuesta muy original realizada por E.J.Farber, y una lista de obras consideradas anteriormente como clásicas, actualmente superadas: "*Books NOT for college libraries: a singular proposal*".

²⁶ Cf. capítulos 7,8 y 11.

²⁷ B.Calenge. *Conduire une politique documentaire*, Editions du Cercle de la Librairie, 1999. Ver cap. VIII.

²⁸ Op. cit.

²⁹ Algunas ciudades han organizado bases informatizadas comunes entre instituciones situadas en un marco administrativo o geográficamente dado: la biblioteca, él o los museos, el conservatorio, etc. El ejemplo más completo es el de la red Brise, en Saint-Etienne. Este tipo de cooperación está en plena evolución, gracias al "cableado" de las ciudades o de sus conglomerados de redes de fibra óptica por una parte y por la otra, gracias a la banalización de los catálogos en Internet, y la posibilidad de consultas de bases múltiples con una sola búsqueda gracias a un protocolo de búsqueda Z 39050.

³⁰ Cada vez más bibliotecas municipales disponen de un catálogo consultable en Internet.

³¹ De todos modos, es de notar que desde los tiempos en que el abate Bignon era presidente de la Academia Real de las Ciencias (entre 1699 y 1713), la operación era consignada en los registros de la biblioteca con el nombre de "aligeramiento".

³² E. Mathews y D. a. Tyckoson. "A Program for the Systematic Weeding of the Reference Collection", *Weeding and Maintenance of Reference Collections*, Haworth press, 1990.

³³ "Operación que consiste en retirar de las colecciones de una biblioteca los documentos que han devenido inútiles."

³⁴ L. Roy. "Weeding", *Encyclopedia of Library and Information Science*, vol. 54, suppl. 17, 1994.

³⁵ S.J. Slote, op.cit.

³⁶ LISA: *Library and Information Science Abstracts*, Bowker-Saur.